

LAS PONENCIAS DE SAN REMO, 1949

MARÍA MONTESSORI

El 8° Congreso Internacional Montessori tuvo lugar en San Remo (Italia), del 22 al 29 de agosto de 1949. El título del Congreso fue *La Formazione dell' Uomo nella Ricostruzione Mondiale* (La Formación del Hombre en la Reconstrucción Mundial).

INTRODUCCIÓN

Si nuestros pensamientos tienden a buscar simbolismos en la naturaleza, las cuatro ponencias de San Remo se pueden ver como montículos verdes al pie de la montaña que es el trabajo de María Montessori. El título de la primera ponencia es “La Capacidad Creativa de la Infancia Temprana”. En ésta, como en las otras tres conferencias, al igual que en toda su enseñanza a lo largo de su vida, ella alienta no sólo a los padres, educadores y otros especialistas al cuidado de niños, sino a toda la humanidad, a estudiar al niño. Sin embargo, antes de que el estudio sea posible debe existir la habilidad de observar. Antes de que la observación sea posible, es necesario contar con un profundo interés; y es una condición para un interés tan vital, que el objeto a estudiar realmente se pueda percibir.

María Montessori no fue escuchada a lo largo de su vida, y el niño aún sigue sin ser percibido. Ella persistió hasta el final, con la esperanza viva, a pesar de saber que no viviría para ver que se tomaran en cuenta sus poderosas directivas para el mejoramiento de la humanidad.

Son las generaciones presentes y futuras las que, con tenacidad, deben continuar con el trabajo de difundir el conocimiento del niño como el salvador de nuestra especie errática. Para ellos, estas ponencias contienen guías muy claras a seguir ahora y a lo largo del tiempo.

Renilde Montessori

PONENCIA I

LA CAPACIDAD CREATIVA DE LA INFANCIA TEMPRANA

Estoy muy conmovida y orgullosa que mi país me haya dado la bienvenida con tanta benevolencia y solidaridad en ocasión de esta reunión internacional.

El tema de este Congreso sintetiza la gran cantidad de problemas que han preocupado a la humanidad en los años pasados. Estas preocupaciones han traído consigo un fenómeno muy impresionante: un nuevo movimiento social, un movimiento que pretende crear unidad global.

Prevalece una gran disparidad en los medios para alcanzar esta unidad. Sin embargo, en vez de la diversidad de ideas propuestas, ha emergido una conclusión coherente. De hecho, esta noche ha sido expresada en varios idiomas: "Debemos educar".

La palabra "educar" tiene tantos significados como existen ideologías en el mundo y pueden ser interpretadas de muchas maneras. Sin embargo, un hecho es impresionante. Todos aquellos que se ocupan de la educación coinciden que ésta debe comenzar al nacer.

A primera vista, esta afirmación parece absurda. La pregunta natural es ¿qué ayuda se puede esperar para la solución de los grandes problemas del mundo, de un pobre recién nacido que aún no ha desarrollado la capacidad de comprensión, que no tiene memoria, que no se puede mover, que no tiene lenguaje y que ni siquiera logra que nosotros lo entendamos? Seguramente la idea es extraña y curiosa. Sin embargo, el hecho de que los grupos humanos en estos tiempos de conflicto violento y odio extremo, aunque parten de diferentes puntos, sigan el mismo camino, es de alguna manera místico, parecería un acto de fe.

En nuestro siglo el sentimiento de que la humanidad ha alcanzado un punto en donde la unidad espiritual es imposible, se ha convertido en algo cada vez más prevaleciente. Y durante la Segunda Guerra Mundial se entendió que, si la crisis espiritual de la humanidad debía ser superada, era necesario ocuparse de la educación, crear un sistema educativo renovado.

De hecho, todos están convencidos que, dependiendo de su tendencia, el mismo sistema educativo puede ser el origen y la causa de conflicto. Por eso todos están de acuerdo con la idea de que se debe encontrar un nuevo camino. Esta idea permea a todo el mundo. El consenso es que la educación debe comenzar desde el momento cuando el ser humano aún no se ha definido, cuando espiritualmente aún está en blanco, cuando los diferentes idiomas e ideas contrastantes de su entorno, aún no han sido asimiladas por él. El tiempo cuando los seres humanos aún no han perdido la capacidad de entenderse el uno al otro, cuando aún no están sordos hacia el otro. En este momento de la existencia humana, todo es común para todos, esto es que no existe nada más que el infinito alcance de posibilidades latentes ya sea para separar o unir a los hombres futuros.

La idea no puede sino parecer buena: si la educación comienza en la etapa cuando nada tiene forma, será posible encontrar la manera de crear armonía entre los hombres. Este es el último objetivo hacia el cual se deberían enfocar los esfuerzos de un sistema educativo. Y es una fuente de gran consuelo para todos los seres humanos el saber que puede tener lugar una mutación en el destino de la humanidad a través de la gracia del niño.

El evangelio dice que los Magos, cargados de regalos y esperanzas, vinieron de tierras lejanas a Belén a honrar al Recién Nacido. Este hecho todavía es hoy una causa de meditación profunda.

Nosotros reconocemos el inmenso poder, las fuerzas inconscientes existentes en el niño en el umbral de la vida. Por muchos años hemos estado proclamando que es necesario educar al niño desde el momento de su nacimiento. Hemos trazado a través del estudio y la experiencia práctica, el camino ideal que lleva al mundo de los niños, de estos seres cuyo status social todavía no se ha determinado, cuyos derechos no han sido reconocidos y que sin embargo representan al hombre del mañana. La infancia constituye una incontable población de seres que, sin saberlo, día a día, trabajan para construir física e intelectualmente a los componentes de la sociedad futura.

Esta gran verdad evoca en nosotros un profundo sentido de humildad y asombro. Los niños, que viven una vida más pura que la nuestra, son trabajadores divinos; sin pretensiones, sin orgullo, ellos logran la ópera magna de la humanidad: la construcción del hombre.

Y aquellos que ayudan en este gran trabajo, se enriquecen con los valores espirituales de los niños y se elevan.

La superioridad y condescendencia mostrada por los adultos hacia el niño se derrumba, y en su lugar, emerge un sentido de humildad, el mismo sentido que se invoca en aquél que tiene éxito en desprender el velo que esconde los secretos de la creación.

Hemos dicho que debemos comenzar a educar desde la infancia temprana, cuando el niño se comienza a mover e intenta expresarse a sí mismo; cuando se despliegan aquellas energías misteriosas y poderosas que en el curso de unos pocos años lo transforman en un ser dotado de personalidad, conciencia e inteligencia, que está lo suficientemente desarrollado para que nosotros lo consideremos listo para entrar a la escuela.

En este punto de la vida del ser humano, el origen de las fuerzas constructivas de la humanidad se puede trazar. Sin embargo, la educación tradicional todavía no ha considerado el misterio de las potencialidades latentes inherentes en el niño -en cada niño. Estudios recientes han traído a la luz las inmensas y vitales reservas existentes en la infancia temprana y sus descubrimientos son de gran ayuda para establecer la dirección que debe tomar la educación.

Debemos reiterar persistentemente que la personalidad del niño, la cual apenas se empieza a reconocer, es en verdad impresionante. El niño es un creador. De la nada, forma a un hombre. Esta poderosa capacidad creadora es común en todos los niños, en todas partes del mundo. La mente del niño está dotada con inmensas energías dirigidas por ley divina. La mente del niño es completamente diferente de la nuestra: la suya posee la magnífica y casi milagrosa facultad de tomar del entorno ideas externas e impresiones, encarnándolas en su ser. Un ejemplo obvio es

el lenguaje que el pequeño ser humano, a pesar de estar mudo al principio de la vida, absorbe de su alrededor. Y así el adulto se encuentra, como si fuera por herencia, con un lenguaje completamente formado.

Si verdaderamente consideramos que la educación es el desarrollo de posibilidades latentes, en vez de utilizar la palabra educación, deberíamos adoptar otra: cultivar. El educador debe cultivar las potencialidades existentes en el niño para que pueda desarrollarlas y expandirlas. Es esencial aprovechar este periodo altamente sensible en la vida del ser humano, si en verdad se quiere mejorar a la humanidad.

No es fácil moldear a un adulto, sin embargo, es una tarea simple el mejorarlo si lo hemos influenciado cuando todavía está en una etapa formativa, cuando aún puede cambiar.

Sin embargo, para educar, las palabras y teorías no son suficientes. Es obvio que una gran reforma sólo se puede lograr a través de la acción.

Y aquí la naturaleza de este trabajo educacional comienza a tomar forma. Consiste en cultivar el inmenso potencial del individuo con el fin de que sus energías ocultas se puedan desarrollar completamente.

He observado yo misma la exuberancia, la generosidad con la cual la naturaleza del niño responde a la educación científica. Esta observación me dejó pensativa y me llenó de admiración; así me convertí en una fiel seguidora del espíritu del niño.

Yo les aseguro que, si no estuviera absolutamente cierta de que la humanidad se puede mejorar, no hubiera tenido la fuerza de luchar durante cincuenta años, habiendo tenido que empezar tan frecuentemente de nuevo, cuando mi trabajo era destruido por otros. No hubiera tenido la fuerza, a mi edad, de viajar por el mundo, proclamando esta verdad.

De acuerdo con mi observación, ya en el periodo de vida cuando el niño comienza a hacerse entender, revela características que, con cuidado científico, llevarán a resultados tan inesperados que harán parecer que el ser humano pertenece a una especie superior y distinta.

Nosotros podríamos entender este fenómeno observando el mundo vegetal y verificando la diferencia entre una planta cultivada y una de la misma especie que ha sido dejada en su estado natural. Una rosa común, por ejemplo, tiene dentro de sí el poder de desarrollarse y mejorar cuando es nutrida. En las rosas cultivadas los estambres son transformados en pétalos, mientras que al mismo tiempo aparecen otras características bellas -las flores son más grandes, su color más brillante y su perfume más intenso. Esto significa que el ambiente preparado combinado con el cuidado científico del jardinero, tienen el poder de despertar energías ocultas en la flor silvestre capaz de transformarse en una flor de invernadero.

Algo similar se debe hacer en el reino humano. Cultivar a la humanidad significa precisamente activar las energías psíquicas ocultas que existen en el niño, permitiéndole a esta flor de la humanidad que se desarrolle con mayor riqueza y belleza.

Si no adoptamos este método, la humanidad permanecerá para siempre imperfecta. El gran secreto para crear una comunidad de mejores seres humanos consiste en el cultivo científico de sus mejores características, así como de sus energías ocultas.

No es necesario decir, que antes de prepararse para este trabajo, el floricultor debe asegurarse de que tiene un entendimiento completo de la naturaleza y requerimientos de las plantas. Particularmente, debe poseer un amplio conocimiento de las leyes de su desarrollo, observar directamente sus manifestaciones y estudiarlas metódicamente; sólo este estudio científico puede ser una ayuda para la vida.

Esto también es cierto para el estudio científico de la humanidad.

En años recientes, estudios psicológicos de las características del niño desde su nacimiento hasta los seis años de edad, se han intensificado y los resultados de estos estudios demuestran consistentemente los siguientes hechos.

Durante este período de crecimiento el niño aprende espontáneamente sin cansarse; observa las cosas alrededor de él (uno incluso podría decir que las estudia) y las absorbe, revigorizándose a sí mismo.

Su ansia por tener leyes que obedecer merece una nota especial. Un ansia perfectamente natural, porque sin estas leyes no sería capaz de orientarse a sí mismo en el mundo, en la vida misma. El niño, de hecho, no es guiado por órdenes específicas, como ocurre con los animales que siguen los instintos que pertenecen a las diferentes especies.

La educación debe, por lo tanto, tomar en consideración la demanda natural por las leyes inherentes al niño. Pruebas directas y la experiencia práctica me han convencido que es un imperativo ayudar al niño a desarrollar su necesidad latente de estar regido por leyes y de cultivar dentro de sí la alegría de la obediencia.

Debemos revisar nuestros conceptos, nuestras actitudes, nuestros sistemas educativos, si deseamos ayudar al hombre a hacerse más culto, más disciplinado, más abierto a las ideas abstractas; si nuestro objetivo es en verdad ayudarlo a crecer para convertirse en un ciudadano del mundo.

Es un hecho que cualquiera que vive con niños, cualquiera que sabe cómo acercárseles con amor, siempre aprenderá cosas nuevas.

Con el fin de comprender totalmente las cualidades humanas, debemos doblegarnos a este maestro de vida naciente, con el objetivo no sólo de desarrollar amor entre los hombres, sino también los más altos valores espirituales. Estos valores deben ser transmitidos al niño no sólo como un conocimiento, sino de tal manera que desde la infancia temprana se conviertan en una parte integral de su carácter, absorbido del entorno, a través de esa delicada, ansiosa, incluso especializada sensibilidad que es su naturaleza.

Este método es de particular importancia en el campo de la religión. Si el sentimiento religioso ha tocado su núcleo mismo, si se ha convertido en parte de su ser, él lo absorberá y lo marcará por siempre. Nunca perderá su camino, pues sigue el que lo llevará a la verdad.

La absorción de los valores espirituales representa la luz, la ayuda, la guía y la ley que el hombre, que no tiene el apoyo de instintos inherentes, necesitará para su existencia. Este es el camino que indica la naturaleza, el gran maestro; y sobre este camino debemos proceder si es que queremos intensificar el proceso de educación, si los hombres se van a hacer más cultos, más fuertes de carácter, moldeados en conocimientos acorde con una ley que los asiste en el despliegue de sus cualidades superiores.

En consecuencia, las experiencias que se logran al seguir este camino, más que justifican la necesidad que hoy se escucha casi universalmente, que la educación debe comenzar al nacer. Es el único camino que ofrece esperanza: debemos tener fe en las posibilidades del niño, en sus misteriosas fuerzas psíquicas que se encauzarán debidamente si es que queremos evitar su desviación, convirtiéndose así en un peligro para la humanidad.

Déjenos entonces mejorar a la humanidad comenzando con el niño. Déjenos confiar en Dios, quien ha creado estas fuerzas maravillosas para la redención de la humanidad, quien a través de los años nos permite contemplar el milagro, siempre nuevo y siempre glorioso, de que la esperanza renazca con el niño, la última fuente de espiritualidad potencial.

PONENCIA II

LA SOLIDARIDAD HUMANA EN EL TIEMPO Y EL ESPACIO

El problema que resume el título de este Congreso (La Formación del Hombre en la Reconstrucción Mundial) es muy complejo.

Permítanme por lo tanto utilizar algunas parábolas, pues los símbolos tienden a iluminar los asuntos más oscuros. Recuerdo haber leído en un libro indio una historia que dejó una profunda impresión en mí. Contaba la historia acerca de una pequeña pastora que había decidido hacer su entorno más bello, plantando dos plantas. Una era para su propio placer, la otra se la dedicó a Dios. A ésta última ella le ponía especial cuidado, regándola de forma apropiada, protegiéndola del sol, y manteniéndola libre de insectos. A la primera planta la descuidó, dejándola al cuidado de otros. Contrario a todas las expectativas, la planta dedicada a Dios murió, mientras que la otra floreció. Desesperada, la pequeña pastora se preguntaba por qué sus servicios habían tenido resultados tan desastrosos. La respuesta fue: "Le pusiste a esta planta demasiada agua, la protegiste del sol y los insectos, mientras la planta necesitaba clorofila del sol, e insectos para su crecimiento y reproducción. Tú misma la destruiste con tus cuidados."

El mismo fenómeno ocurre en el campo de la educación. Frecuentemente la interferencia de familia y educadores, aunque esté inspirada por las mejores intenciones, se convierte en un obstáculo para el libre desarrollo de las fuerzas creativas dentro del niño, oprimiendo y sofocando sus energías internas, obstruyendo las fuerzas naturales necesarias para la vida. Sobra decir que no se dan cuenta que su comportamiento burla los dictados de la naturaleza.

También la parábola del talento oculto como se narra en los evangelios, trae a la luz el problema, pues es un símbolo importante en el contexto del desarrollo del niño. No podemos limitar nuestras acciones en el campo de la educación a la mera conservación de aquello que ya existe; estaríamos igual de desubicados como el sirviente de la parábola, cuya única preocupación era mantener el talento en un lugar secreto hasta que pudieran regresarlo a su dueño. Sin embargo, no tuvo la intención de hacerlo productivo. Sabemos que el espíritu del niño tiene grandes energías, energías que no hemos soñado. Debemos permitir que éstas rindan frutos, debemos enriquecer la vida cultivando estas fuerzas ocultas; debemos preparar un futuro mejor para el hombre, utilizando el maravilloso potencial del niño.

Este es el problema que proponemos examinar en sus varios aspectos.

A través del tiempo, el hombre se enriquece a sí mismo y adquiere capacidades. El origen y desarrollo del progreso se derivan de la perfectibilidad de la humanidad.

Este es un punto de partida para la ciencia de la educación; para ser precisos, la ciencia del cultivo del hombre, de aquellas energías inherentes dentro de él desde el nacimiento.

Sin embargo, antes de embarcarnos en el estudio de un método de educación o cultivo, debemos ocuparnos del estudio del hombre no sólo como individuo, sino también como un miembro de la comunidad dentro del contexto de sus relaciones y su función social.

Si queremos darnos cuenta de la magnitud de los objetivos alcanzados por la humanidad, y nos imaginamos aquellos del futuro, deberíamos de meditar acerca de las distintas etapas de la evolución humana, estudiar la ciencia de donde toma su nombre y poner bajo escrutinio la historia.

El hombre ha laborado sobre la tierra y se ha organizado a sí mismo en su entorno. Para mejorar su terreno, modificó de tal forma su entorno que sería imposible hoy en día concebir lo que sería la vida social si el mundo estuviera en su estado natural. La historia ilustra la tendencia del hombre a transformar todo en derredor suyo; en los distintos ciclos de la civilización, los primeros grupos sociales emergieron separados unos de otros, cada grupo unido por un lenguaje común y costumbres particulares; todos buscando transformar y mejorar su entorno para hacerlo más habitable. La historia explica cómo, mientras incrementaron su tamaño, los grupos sociales evolucionaron para convertirse en naciones; cómo estas se organizaron a sí mismas de manera independiente, mientras vivían entre sí en constante contacto.

En el pasado reciente, el progreso técnico y científico ha traído consigo otros cambios profundos en el entorno y en las condiciones de vida; por ejemplo, las divisiones territoriales como las cordilleras de las montañas, los inmensos mares y océanos que separaron a las naciones en tiempo y espacio -estas divisiones territoriales tangibles que alguna vez parecieron tan seguras,

ya no existen. Hoy, el aeroplano y la velocidad de los medios de comunicación han reducido notablemente, si no eliminado, la validez de estas defensas.

Hoy la necesidad de unidad entre los pueblos está más marcada; se ha vuelto simple intercambiar materias primas, mercancías, y los distintos productos de nuestra civilización actual.

Sin embargo, aunque la necesidad de unidad material entre los pueblos, se percibe universalmente y es evidente que las últimas barreras entre los distintos países desaparecen rápidamente, el entendimiento espiritual, que sólo puede llegar a la unidad entre todos los hombres, sigue faltando.

Para muchos, el verdadero significado de esta unidad y la posibilidad de su realización práctica, todavía no se vislumbran.

¿Qué procedimiento debemos seguir para unir a todos los hombres? Muchos dicen que es necesario aumentar su buena voluntad, induciéndolos a sacrificarse por otros. Para este fin, es necesario crear un estado de armonía entre el entorno y el individuo, combatir el egoísmo, despertar en el hombre la voluntad de trabajar para otros.

Sin embargo, no podemos más que observar cómo, en el curso de los siglos, los hombres ya se han organizado para trabajar el uno para el otro. De hecho, no existe nadie que no trabaje para otros. La dependencia prevaeciente de las cosas por las que vivimos y que necesitamos, de la preparación y especialización de aquellos que las fabrican, las transforman y las ofrecen para su uso o consumo, excluye cualquier posibilidad de vivir sólo para uno mismo. Hemos alcanzado una etapa en nuestra organización social que hace imposible vivir al natural; por necesidad, todos y cada uno de nosotros dependemos del trabajo de otros y estamos obligados a trabajar unos para otros. Ya no podemos vivir sólo de los productos naturales del suelo, de los frutos recolectados en el bosque, de cazar y pescar. Debemos aceptar que, si tenemos comida para alimentarnos, vestimenta para cubrirnos, y casas para refugiarnos, todas estas cosas surgen porque otras gentes nos las proporcionan a través de su trabajo. Por lo tanto, son los hombres los que mantienen vivos a otros hombres; cada uno vive gracias a la vida de otros y cada uno contribuye a la vida del otro. Ciertamente eso no se hace con espíritu de sacrificio, pero se hace. El hombre depende exclusivamente del hombre y se dedica totalmente a las actividades que le son útiles a otros. El médico, de hecho, no se trata a sí mismo, el carpintero tampoco hace muebles únicamente para su propia casa.

Es por lo tanto inútil tratar de alcanzar la unidad entre los hombres, invitándolos a trabajar para los demás, pues esto ya ha estado sucediendo por siglos.

Más bien, la cuestión es lograr un cambio radical en la manera en la que vemos las relaciones humanas, intentando influenciar la conciencia del hombre al darle nuevos ideales, luchando contra la indiferencia y la incomprensión; despertar en el espíritu del hombre un sentido de gratitud hacia otros hombres. Esto también se puede hacer con niños. De hecho, estos intentos deberían comenzar con ellos, dándoles la oportunidad de reflejarse en el valor social del trabajo, en la belleza del trabajo realizado por otros, por lo cual el esfuerzo común enriquece la vida de todos.

En mi experiencia personal, he visto que los niños responden con todo el corazón a este llamado y están más que dispuestos a aceptar con alegría la idea de la solidaridad humana.

Yo creo que la vida sería mucho más sencilla y serena si todos los hombres se unieran a través del sentido de profunda gratitud, que no es más que una manera de participar en el poder divino de la creación y en la bondad universal. Deberíamos agradecer a la Divina Providencia por alentar la evolución de relaciones interdependientes, haciéndola de tal manera que los hombres dependan de la ayuda de otros hombres para todas las necesidades de la vida, contribuyendo así al bien común.

Sin embargo, es necesario hacer una búsqueda profunda por el verdadero significado de este bien; no es una cuestión de un acto de caridad, demandando gratitud. Este tipo de caridad sólo se refiere a casos patológicos, y se debería considerar como una medicina suministrada a aquellos que sufren. La cooperación entre hombres a la que me refiero, debería representar una norma común de la vida, una regla, no una excepción, y debería hacer posible que cada uno participara en el bien universal. Podríamos decir que hoy los hombres se han refugiado en una meseta sobre la que viven, fuertemente unidos, más allá de la naturaleza; esto es que los hombres han creado una supranaturaleza.

No debemos perder de vista este aspecto de la sociedad humana, si es que queremos una visión exacta de todos los problemas contemporáneos, y la claridad de mente para encontrar su solución en el interés común.

El hombre ha logrado una gran proeza al establecer un sistema de intercambio casi perfecto, similar al sistema circulatorio del cuerpo humano. Se ha convertido, por ejemplo, en una cosa común el que los italianos coman carne roja de Argentina, o productos importados de Grecia u otros lugares distantes. Lo mismo sucede con otros países. Los viajes por avión han sido un factor importante para eliminar las barreras de distancia, y para darnos cuenta de esta unión entre los hombres.

¿Por qué, entonces, insistimos en decir que deberíamos educar a los hombres para lograr la unidad universal? La unidad mundial ya está aquí, ¡existe! El asunto es pues, hacer todo lo posible para ayudar a la humanidad a ser consciente de esta realidad, sustituyendo la percepción de una necesidad de crear una unión entre los hombres, revelando que los lazos de interdependencia y solidaridad social entre los pueblos de la tierra, ya existen, son reales y fuertes.

Esto es por lo cual un elemento indispensable en la educación de los niños, es la historia de la civilización humana en sus distintas etapas: la transición de la tribu al grupo, y a la nación; la mezcla de distintos grupos étnicos en los organismos políticos; la expansión territorial; las conquistas del progreso y la interdependencia de necesidades e intereses.

Nuestra civilización ha alcanzado un punto muerto. Nunca antes los hombres han dependido los unos de los otros como lo hacen hoy; ningún podría vivir solo o bastarse consigo mismo. Este conocimiento debería ser transmitido a los niños, a los jóvenes, para aumentar su conciencia y sobre todo para estimular su entusiasmo, llenándolos de admiración por los grandes

descubrimientos hechos por el hombre; sorprendiéndose por los sacrificios para la causa de la civilización y el progreso. Se debe enfatizar el poder de la pasión y la fe que inspiró su trabajo, su desprecio por las recompensas, y la dedicación al gran ideal que iluminó sus vidas.

La mejor manera de enseñar geografía, por ejemplo, es revivir los hechos aburridos contenidos en los libros escolares, pero alabando el sacrificio de los hombres que se lanzaron a los viajes de descubrimiento. Otra forma de enseñar la ciencia es mezclando a su estudio, historias de las vidas heroicas de muchos científicos.

Se debe hacer ver a los niños que todos los grandes logros de la cultura y de las artes, todas las ciencias e industrias que han traído beneficios a la humanidad, se deben al trabajo de hombres que muchas veces lucharon en la oscuridad y bajo condiciones de gran adversidad; hombres impulsados por una gran pasión, por un fuego interno, para crear con su propia investigación, con su propio trabajo, nuevos beneficios no sólo para la gente que vivió en sus tiempos, sino también para aquellos del futuro. Debemos transmitir a los niños la nobleza de este altruismo. ¿Quién de hecho podría ser más altruista que aquel que se sacrifica a sí mismo por aquellos que aún no existen, que quien se sacrifica por el futuro?

La vida y obra de estos hombres superiores no refleja egoísmo, ellos dan sin recibir nada a cambio. Sin embargo, ellos construyen grandes cosas que les sobrevivirán, que seguirán creciendo y desarrollándose.

La solidaridad entre seres humanos es muy bella, surge desde la antigüedad y se proyecta a sí misma al futuro, ligando al pasado con el presente y a éste con el futuro, por toda la eternidad.

Si deseamos darles a los niños conocimiento del mundo material y real, nada puede ser más significativo y exacto que la imagen del árbol que es la solidaridad humana, con raíces en un pasado distante y extendiendo sus ramas hacia la eternidad, mientras vivimos el segundo infinitesimal que se le asignó a la vida humana.

La imagen de la *eternidad* material de la humanidad facilita el entendimiento de una eternidad abstracta. Nosotros sabemos, de hecho, que las ideas abstractas no se pueden entender al menos que estén fundadas sobre hechos concretos.

El fruto de este entendimiento nunca puede ser una hermandad fría y convencional. La idea viviente de solidaridad de todos los hombres que van y vienen, del pasado al futuro, unidos estrechamente por muchos lazos, genera un surgimiento cálido de saber que somos parte de algo grande, un sentimiento que supera incluso el amor a la patria. Nuestra tarea como educadores es asegurar que florezca una intensa conciencia de solidaridad universal dentro de nuestros niños.

Un gran obstáculo a lo que llamo *cultivación de la humanidad* es la opinión prevaleciente de que los hombres son egoístas. Los hombres sufren porque creen que son egoístas, mientras que, bien considerados, en general no lo son. ¿Cómo puede ser egoísta un hombre que trabaja por su prójimo, muchas veces arduamente y bajo las circunstancias más hostiles? ¿El panadero, por ejemplo, quien se levanta antes del amanecer para asegurarse de que la gente tenga temprano

por la mañana su fresco y crujiente pan? ¿El zapatero que provee zapatos para que otros puedan caminar cómodamente?

¿Y el educador, el maestro que instruye a los pequeños extranjeros que le fueron confiados para su cuidado, dándole la bienvenida a todos los que vienen, sin escoger a uno ni rechazando a otro, dándoles igualmente su amor y comprensión a todos?

La verdad es que los hombres se han acostumbrado a considerar cosas desde el mero punto de vista de obtener beneficios económicos y materiales, para satisfacer su vanidad, para ganarse el respeto de otros, o por pura y simple ambición.

Debemos combatir con toda nuestra fuerza esta actitud defectuosa y peligrosa. Se debe estimular la conciencia del hombre para percibir la amplia red de solidaridad y amor que ha evolucionado través de los años, que condiciona nuestra vida y de la que difícilmente estamos conscientes porque es concurrente con el progreso humano.

El conocimiento de los hombres se ha ofuscado tanto, que se comportan como el hombre ciego que, al no ver el árbol frente a él, niega su existencia. El árbol no cesa de existir por eso. Dejemos que el hombre ciego toque el árbol, sintiendo con sus manos su vida y sustancia.

Como dijimos antes, la humanidad, mientras progresaba, alcanzó una meseta que la colocó por encima de la naturaleza.

Debemos hacer todo lo posible para hacer notar el valor universal de esta conquista que crea una real y profunda unidad entre todos los hombres.

Esta es la gran tarea de la educación: hacer al niño consciente de la realidad y profundidad de la unidad humana. Sin embargo, esta convicción no se puede lograr con una simple ilustración. No es suficiente decirle: "¡Mira, ahí está la luz!" Debemos explicarle, con un análisis lógico y preciso, el origen y la esencia de esta gran hermandad humana. Sobre todo, debemos hacer entender a los niños qué extraordinariamente conmovedor es que los hombres no estén unidos sólo por sus intereses, sino que existe un lazo más profundo en la raíz misma de su hermandad.

Los cristianos hablan de un cuerpo místico. De la misma manera, uno podría decir que todos los hombres del mundo forman un cuerpo viviente; uno podría decir que lo hacen así en un sentido fisiológico para el intercambio de todas las necesidades de la vida. Los medios que circulan en este organismo, justifican esta imagen, al recordar al sistema circulatorio del cuerpo humano.

Por lo tanto, no puedo insistir lo suficiente en la importancia de la historia, en todos y cada uno de sus detalles, si es que vamos a educar a los niños con un entendimiento de la solidaridad universal.

He experimentado la efectividad de esta enseñanza, especialmente en la India.

Para los maestros indios que han experimentado el método Montessori y lo han aplicado en sus escuelas, yo recomendé que vincularan las materias que enseñan (en los campos de geografía, química, física) a la historia de los distintos descubrimientos y particularmente a la historia de la vida de los hombres que han contribuido a esta conquista de progreso. Como resultado, en estas

escuelas surgió un prodigioso amanecer de sensibilidad e interés por parte de los niños que nunca se cansan de preguntar detalles acerca de las vidas de estos maravillosos seres humanos. Estaban particularmente interesados en las dificultades que estos hombres debieron sortear, los prejuicios contra los que tuvieron que luchar, las privaciones que tuvieron que sufrir para descubrir los secretos del mundo desconocido y de las fuerzas misteriosas de la naturaleza.

Los niños frecuentemente pidieron ver los retratos de estos héroes y disfrutaron e implacablemente dieron seguimiento al significado milagroso de su trabajo una vez que tuvieron una idea clara de los tiempos en los que habían vivido, el grado de ignorancia de sus contemporáneos con respecto a su investigación y estudios, y la escasez de medios a su disposición.

Un respeto casi religioso creció dentro de ellos, por estos hombres que vivieron en tan distintos lugares y tiempos, que pertenecieron a tal diversidad de clases sociales; de esta manera, lograron alcanzar completa y casi concretamente, la unidad universal para el bien lograda con el trabajo de hombres en todo el mundo.

Fueron exaltados por las historias de estas proezas y nosotros, profundamente conmovidos, participamos en su entusiasmo.

Si nuestra tarea educacional es estimular las facultades intelectuales y afectivas de los niños, primero debemos estimular las nuestras. Y en este contexto nunca deberíamos enseñar las distintas materias científicas -geografía, historia, etc., sin relacionarlas a los intentos apasionados de los hombres que, con su trabajo, su dedicación, su sacrificio, trajeron a la luz nuevas verdades, cada uno en su propio campo. Pues si lo hacemos, nuestras almas se harán áridas, como se harán aquellas de los pequeños que estamos intentando educar para la vida.

Este es el aspecto desde el cual debemos considerar las relaciones humanas si queremos crear una mejor humanidad, capaz de comprender las verdades más nobles, a la luz del amor universal que viene de Dios para todos los hombres como una bendición desde arriba.

PONENCIA III

LA MENTE ABSORBENTE

Por instinto, todos los hombres, desde el más modesto y simple, hasta el más culto e inteligente, tienden a admirar espontáneamente a la naturaleza, a describir sus fenómenos maravillosos y a investigar científicamente las leyes que la gobiernan; el equilibrio de las estrellas en los cielos, la armonía de las flores, la inteligencia de los insectos -todo esto es una fuente de poesía y meditación.

Las expresiones maravillosas de la poderosa fuerza que gobierna el universo, despiertan en nosotros una profunda emoción y elevan nuestro espíritu. La visión de la naturaleza y de sus misteriosas y perfectas leyes causó que científicos eminentes se convirtieran en poetas; era la fuente de la inspiración lírica para poetas y artistas. Es por lo tanto incomprensible que la maravillosa y creativa fuerza del niño por tanto tiempo no se hubiera percibido. El niño, el niño muy pequeño, tan sensible en su fragilidad, el bebé al que tanto tiempo se le negó su lugar en el gran esquema de la vida, nos ofrece la llave para alcanzar conocimiento de la esencia del hombre.

Deseo decir algunas palabras acerca de las manifestaciones y fenómenos que nos convencieron de la naturaleza maravillosa del niño, meramente aquellas requeridas para servir de guía en el estudio de la infancia y en la confrontación de problemas de la educación.

Los psicólogos modernos han llegado a la conclusión que estas manifestaciones de ninguna manera están ocultas; de hecho, son muy evidentes. Sin embargo, es un hecho que el hombre, en su ceguera y orgullo, las ha ignorado hasta ahora; uno podría casi decir que es indiferente a las revelaciones de la grandeza del niño. De hecho, muestra una actitud misteriosa, muestra una ceguera que parecería haber sido decretada.

No obstante, estudios actuales de la infancia temprana despejan las dudas. Desde el punto de vista psicológico se ha vuelto evidente que los dos primeros años de vida son de una importancia mayúscula, pues es el período en que el niño hace una transición de un estado de inconsciencia e insensibilidad, al tiempo en el que alcanza todas sus facultades vitales. Podría ser comparado a un pobre que, dejando atrás un estado de miseria, adquiere riquezas inauditas y se convierte en un millonario.

No es necesario mencionar que la transición de la nada, de la inercia al nacer, a la conquista de las facultades intelectuales y físicas del hombre en el que se convertirá, sólo es un primer paso. El problema que enfrentamos es aquel del despliegue y desarrollo de estas fuerzas. Los primeros años formativos del niño son de excepcional importancia en la formación y evolución. Representan un núcleo de energías y capacidades que se deben atender y desarrollar completamente, pues si se desvían, las consecuencias son irreparables.

Sabemos que en este período aparecen sus cualidades positivas y negativas y que la suma total de estas cualidades caracterizará al adulto. La psicología moderna y particularmente el

psicoanálisis, en estos días tan de moda, siguen el método de explorar la mente de los adultos. Uno podría decir que tratan de recuperar las causas profundas que en la infancia remota pudieron haber sido el origen de sus fallas actuales de carácter, de sus perturbaciones y de su desequilibrio físico y mental. Esto significa pues, que es el niño que alguna vez fue, el que se explora al curar al adulto, pues es en la infancia cuando los defectos estropean casi siempre de manera irreparable la personalidad. La ciencia moderna ha confirmado algo que yo he propuesto durante muchos años; que sólo a través del estudio de las facultades vitales y dinámicas del niño, el adulto puede ser comprendido y ayudado. Al examinar el problema con mayor profundidad, la conclusión lógica es que aquí encontramos un proceso que debería ser reversado.,

A la fecha, se considera que los adultos deben ayudar al niño, al pequeño y frágil ser al que le falta inteligencia y fuerza. Nosotros, sin embargo, creemos todo lo contrario. Creemos que la humanidad, para encontrar el camino correcto, debería voltear hacia el niño para encontrar ayuda y orientación. Sólo el niño puede ayudar a la humanidad a resolver los muchos problemas sociales e individuales que la aquejan.

El niño no es débil ni pobre. El niño es el padre de la humanidad y de la civilización, es nuestro maestro incluso en lo que se refiere a su propia educación. Esto no es una exaltación de la infancia; es una gran verdad. Es difícil discernir una verdad en medio de una masa de hechos, sin embargo, cuando tenemos éxito en aislarla, su luz nos fascina. Es precisamente en el niño en el que he descubierto una luz de inmenso significado para toda la humanidad.

Consideremos por un momento el milagro del nacimiento y de la existencia del niño en la vida de la familia. Cuando él nace, el pobre hijo del hombre es insignificante, de hecho, es inferior a los críos de otros animales superiores. Es más, tan pronto como nacen, la ternera y el becerro caminan, corren, reconocen a su madre e imitan su voz y lenguaje. El hijo del hombre está mudo y no puede entender a los adultos alrededor suyo, aunque éstos se dirijan a él con sus mejores habilidades. Él no entiende, porque aún no tiene lenguaje; e incluso aunque lo tuviera, no lo comprendería porque no tiene memoria. Por un tiempo considerable el niño del hombre no se puede mover, no puede ni siquiera elevar su cabeza. A pesar de todos los intentos y propósitos, está discapacitado de mente y cuerpo; la condición del hombre en su infancia temprana es dramática. Los biólogos se preguntan a sí mismos qué significado puede tener este largo período de inercia en la infancia temprana. Probablemente tiene una función biológica o cósmica; más seguramente tiene un propósito. Es imposible que no haya una razón para esto, pues es evidente que, si un fenómeno existe en este primer período de la vida humana, no puede más que ser esencial.

La ciencia moderna hoy interpreta a la infancia desde este punto de vista. A través del mundo, doctores, biólogos y educadores se han embarcado en una búsqueda apasionada por una solución a este problema, para que puedan entender al niño. No desde el punto de vista físico, pues su pequeño cuerpo ya no tiene secretos; ya ha sido estudiado durante mucho tiempo, ha sido medido con exactitud y se le ha dado el mejor cuidado posible en todos los aspectos. Es la vida psíquica del niño la que aún se desconoce, una vida que se desarrolla gradualmente, una creación espontánea. La capacidad creativa del niño es tan impresionante como fascinante. Es

del mayor interés seguir al niño en su desarrollo y evolución en un intento por entender el origen y hacer el mejor uso de la poderosa actividad intelectual que más tarde lo caracterizará como un adulto.

Dos ejemplos basarán para aclarar esto: el fenómeno del movimiento y el del lenguaje. El movimiento del niño se desarrolla gradualmente, como si poco a poco viniera a la vida. Las manos despiertan para el trabajo, los pies para caminar. Es muy similar a una persona que duerme y lentamente despierta de su sueño. Mucho más sorprendente es su adquisición del lenguaje. Todos los niños hablan cuando cumplen dos años porque es la manera natural de las cosas; y si no lo hacen, las madres, incluso las menos preparadas, se alarman. ¿Pero cómo es que un niño logra hablar en dos años? Los psicólogos estudian con gran atención este fenómeno altamente complejo. El niño habla su así llamada lengua madre a los dos años de edad; él es capaz de reconstruir no sólo los sonidos, sino también la estructura gramatical sin la cual ningún pensamiento puede ser expresado. Es un fenómeno espontáneo que presupone actividad intelectual, revelando la vigorosa vida psíquica del niño en este primer período de vida.

El lenguaje es el resultado de miles de años de trabajo logrado por hombres que, con el fin de entenderse entre ellos, atribuyeron un significado particular a sonidos determinados, estableciendo por mutuo acuerdo un medio de comprensión recíproca. Por eso el lenguaje es el resultado de un acuerdo entre hombres pertenecientes a un mismo grupo.

El niño aprende a hablar escuchando el lenguaje de los adultos alrededor de él, y de los niños que ya adquirieron estos medios de expresión.

Cuando organiza su vida psíquica, él reproduce los sonidos, así como todas las peculiaridades del lenguaje de su grupo, peculiaridades que pueden ser muy complejas, como por ejemplo las difíciles construcciones de la lengua alemana. El niño aprende con gran facilidad todas las complejidades que demandan grandes esfuerzos por parte de los adultos que estudian una lengua. Todavía más notable es el hecho que él no aprende de la misma forma que lo hace un adulto. Lo que él aprende es indeleble, para ser más precisa, él absorbe.

Es posible imaginar a una nación de iletrados, pero no podemos pensar en un país de mudos. Todos los niños aprenden a hablar porque el lenguaje tiene raíces en ellos. Con la adquisición del lenguaje el niño forma dentro de sí al hombre en el que se va a convertir. El conocimiento adquirido por el niño años después nunca se fijará intrínsecamente en su mente como lo hace el lenguaje aprendido en los dos primeros años de vida, el período más importante y esencial en la formación del hombre.

No damos suficiente importancia a un hecho que debería invitar a la meditación. Los niños de la Roma imperial hablaban Latín. El mismo Latín que los escolares de hoy aprenden con tanta dedicación y muchas veces no logran aprender. Los niños Romanos lo hablaban como algo común y corriente, con sonidos que ya no conocemos. En India se hablaba una lengua muy compleja, una lengua que nuestros niños en edad escolar sólo manejaron después de largos años de estudios universitarios: el Sánscrito. Sin embargo, hace miles de años, todos los niños pequeños, incluso los más pobres niños de la calle, lo hablaban de manera fluida. Esto parecería ser casi milagroso. Sin embargo, es fácil de entender si comprendemos que los niños poseen

una gran estructura mental como no la tienen los adultos, y un campo psíquico totalmente diferente, dotado con mucho más poder y sensibilidad; facultades que les permiten ser creadores inconscientes. Yo he llamado a esta estructura mental *la mente absorbente*. Sin embargo, la mente del niño no absorbe como una esponja que deja escurrir el agua sin retenerla; la mente del niño absorbe para siempre, creando así el carácter del adulto en el que se convertirá.

La mente del niño toma elementos del entorno y los encarna en su ser. Esto no sucede por herencia, sino que es la consecuencia de un potencial creativo dentro del niño. Todos los niños en el mundo siguen esta ley, de la misma forma, con la misma intensidad. El potencial creativo del niño no es la prerrogativa de una raza u otra, es la naturaleza inherente en él.

Es importante señalar que las características psicológicas que hoy dividen a la humanidad y causan tanto conflicto, son estables, sí, pero no inmutables; es el niño el que las crea.

Y desde que tenemos medios para guiar al niño, está claro que la formación del hombre esté en nuestras manos. Tenemos la posibilidad de formar al ciudadano del mundo y el estudio del niño menor es fundamental para la paz y progreso de la humanidad.

El niño no absorbe las cosas al azar; tiene una guía interna estricta. Sigue leyes inalterables que determinan no sólo los eventos, sino también el tiempo cuando estos eventos normalmente tendrán lugar. A los dos años de edad, por ejemplo, todos los niños hablan, el niño africano, el indio, el europeo; hablan lenguas africanas, indias y europeas. Y aparentemente no hay maestros, no hay programas a seguir, no hay exámenes. Es un maestro invisible que instaura conocimiento en los alumnos sin que ellos se den cuenta. Es una cosa maravillosa.

Por favor permítanme hacer una comparación extraña, quizá absurda. Imaginemos que nos encontramos en otro mundo en donde los hombres tienen el mismo nivel de conocimiento, el mismo grado de desarrollo mental. Estas personas son extremadamente eruditas, ninguna de ellas es ignorante. Para nuestra pregunta “¿qué clase de maestros y de escuelas tienen?”, los habitantes de este mundo podrían responder: “no tenemos ni escuelas ni maestros; mientras vivimos, el conocimiento viene a nosotros, de manera imperceptible. A veces, una lucecita de conciencia, como una pequeña estrella, nos ilumina y entonces nos regocijamos porque sabemos todo”. Esto suena como una fábula, pero es una realidad de la mente del niño. El niño, a los seis años de edad, es un fenómeno maravilloso. Sabe tantas cosas, posee la estructura y lógica de la gramática; tiene conocimiento perfecto de reglas que el adulto maneja con tanta dificultad cuando estudia una lengua extranjera. En este momento enriquece su espíritu con una inmensa masa de palabras. El niño absorbe nuevas palabras con entusiasmo, está ávido de ellas, su mente tiene hambre de éstas. Entre más complejas y extrañas sean para él las palabras, más fácil será para él absorberlas como, por ejemplo, telescopio, aeroplano, trapecio, etc. Los maestros generalmente hacen un esfuerzo para hablarles a los niños con un vocabulario simple, evitando el obstáculo de palabras inusuales. Sin embargo, para la mente del niño no hay tal cosa como “fácil” o “difícil”. Todo es lo mismo para él. Por el simple hecho de estar vivo, aprende, o más bien, absorbe todo lo que se le presenta a su atención, y particularmente “cosas nuevas”. Por ejemplo, nuevas marcas de autos, o nuevos tipos de aeroplanos, tienden a estimular mucho su curiosidad y a encender su espíritu de observación. Mucho mejor que un

adulto, inmediatamente distingue una marca de automóvil de otra, un tipo de avión de otro, mientras circulan por la calle o vuelan por el cielo.

Cada nuevo avance de la civilización causa gran entusiasmo en el niño. Él mismo es un vínculo, un pequeño paso que marca los distintos niveles del progreso humano en el camino que une al pasado con el futuro. La evolución humana es un continuo, de esto, el lenguaje es entre otros, un ejemplo. La fuerza y grandeza del hombre se deben a su capacidad de desarrollar y construir una civilización en perpetuo movimiento hacia formas cada vez más perfectas.

Esta facultad, a la que el mundo moderno le debe sus conquistas, tiene su origen en el niño que no conoce la dificultad, quien, como lo dije antes, absorbe del entorno externo lo que sea que encuentre dentro de él, siguiendo las leyes naturales de su desarrollo; que transforma los elementos así absorbidos para crear al hombre, el arquitecto de la civilización del día de hoy, enriquecido por la experiencia pasada y presente.

Personas orientales, en particular los hindúes, intentan explicar este proceso vital, este fenómeno maravilloso, a través de sus creencias religiosas en la reencarnación; afirman que el hombre va por muchas vías, acumulando la sabiduría y experiencia e sus predecesores y ancestros. De otra manera sería inexplicable, dicen, que un niño en el corto período de la infancia fuera capaz de absorber el vasto cuerpo de sabiduría que es el fruto de la civilización antigua. "El niño tiene un alma vieja que ha reencarnado miles de veces. Por lo tanto, nada es nuevo para él", dicen ellos. El hecho es que en el Oriente el fenómeno que yo llamo *la mente absorbente* ha inspirado la meditación y un estudio más profundo que en Occidente.

Es ciertamente impresionante darse cuenta que, si no fuera por el niño, este pequeño ser frágil e indefenso, la evolución de la civilización humana llegaría al fin. Es por lo tanto nuestra responsabilidad, respetar al niño y estudiarlo porque sólo en él podemos encontrar el secreto que resolverá los más grandes problemas de la humanidad, la llave para descubrir los misterios enterrados bajo muchas capas de misticismo milenario.

Sin embargo, existe una gran diferencia entre nuestro punto de vista acerca de la realidad del niño y su capacidad creativa, y aquella del pensamiento oriental que, aunque reconoce la magnitud del fenómeno, no da crédito al niño.

Para nosotros, los occidentales, el fenómeno permaneció sin observar por mucho tiempo. El proceso de absorción y creación vital que se desarrolla en la infancia temprana, se mostró como un fenómeno totalmente natural que se le atribuyó a las leyes de la herencia; no se consideraba que el niño, a través de un proceso activo a partir del nacimiento, pudiera crear su propia personalidad en virtud de sus propias energías ocultas. Este fenómeno de creación y evolución hace manifiesto el poder de Dios, quien decidió hacer parecer al recién nacido infinitamente frágil, mientras lo dotaba de la omnipotencia de las energías suprahumanas,

Desde este punto de vista, el niño es el instrumento de Dios para la evolución de la humanidad y asume, ante los ojos del educador, una imagen de majestuosidad, bondad y sabiduría divina. Él no habla, no puede comunicarse con otros, pero vive; y con su vida crea la psique del hombre, de acuerdo con un método seguido fielmente a través de los años, en etapas que son constantes

en el tiempo, a través de un proceso inflexiblemente similar en cada continente, en las chozas de los salvajes, y en los palacios de los príncipes. Él instruye a la humanidad con lecciones incesantes y universales que contienen elementos significativos de la más alta importancia para el progreso de la civilización.

Quien sea que busque un nuevo camino para guiar a la humanidad a un nivel superior, debe ver al niño como un nuevo maestro que trae luz nueva. Como tal hemos llegado a conocerlo y como tal lo veneramos.

Nunca me cansaré de repetir esta gran verdad y a exhortar a todos aquellos a quienes se les confió el cuidado de un niño, que no lo aprisionen, trabajando bajo el error de que él debe ser protegido porque es pequeño y frágil, pues si lo hacen, sus energías vitales serán suprimidas.

Por el contrario, se debe dejar libre para absorber, para tomar del entorno lo que sea necesario para su vida psíquica, desarrollándose y evolucionando a través de sus esfuerzos, sin límite.

Hay infinitamente más que decir acerca de esta materia. Sin embargo, en vista del tiempo limitado disponible, sólo puedo señalar algunos principios fundamentales. En nuestras escuelas Montessori, los niños pequeños revelan espontáneamente aptitudes para hacer cosas que nunca les enseñamos y de las que nunca los pensamos capaces. Esta es la prueba de una sabiduría oculta en su psique.

Un niño de tres años de edad educado de acuerdo con la pedagogía Montessori, se convierte en maestro de su mano y lleva a cabo con alegría una variedad de actividades humanas. Estas actividades le permiten desarrollar el poder de concentración. Todos sabemos que cuando estamos inmersos en un pensamiento intenso, tendemos a hacer algo con nuestras manos; por ejemplo, doblamos o desdoblamos, enrollamos o desenrollamos piezas de papel. El niño piensa mientras trabaja; en él, el trabajo material no se puede separar de la actividad intelectual. De hecho, la civilización es una síntesis de trabajo e inteligencia. El hombre no sólo crea con su mente, sino también con sus manos.

Hemos observado, que el niño trabaja con gusto, podríamos incluso decir que se lanza al trabajo él mismo como un hombre hambriento, al que se le ofrece una comida después de cuatro o cinco días de ayuno. Los ingleses han acuñado una afortunada expresión. Hablan del *hambre mental*, es decir, la *malnutrición* de la psique. Describe precisamente un síntoma que se puede observar en niños que se encuentran en un entorno desprovisto de medios para el trabajo intelectual.

La vocación de aquellos que emprenden la tarea de fundar y dirigir una escuela Montessori, es similar de aquella del buen Samaritano que abre comedores para niños pobres de barrios bajos.

Es a través del trabajo apropiado y de actividades, que se transforma el carácter del niño. El trabajo influye en su desarrollo de la misma manera que la comida revive el vigor de un hombre hambriento. Observamos que un niño ocupado con asuntos que despiertan su interés, parece florecer, expandirse, mostrando rasgos de carácter no soñados; sus habilidades le dan una gran satisfacción y sonríe con una sonrisa dulce y alegre.

Es en este período que el hombre se forma, y si el proceso de formación procede normalmente, el educador debe prestar mucha atención a las leyes que lo gobiernan. Esto lo he aprendido del niño mismo, observando su comportamiento y las transformaciones por las que atraviesa mientras pasan los años. El estudio directo ha revelado las actividades del niño mucho mejor que todos los escritos de filósofos y pedagogos.

He observado que el niño, bajo las condiciones de libertad que se le ha otorgado para trabajar, aprende, se vuelve culto, absorbe sabiduría y gana experiencias que se fijan en su espíritu. Como semillas plantadas en suelo fértil, pronto germinan y dan frutos.

Debemos darle tiempo para hacer su trabajo y no debemos ser impacientes. Los psicólogos ingleses conocen este secreto bien; saben perfectamente que el inconsciente se debe tomar en consideración.

Veamos el siguiente ejemplo. Un hombre, habiendo trabajado hasta altas horas de la noche. Tratando inútilmente de resolver un problema, decide abandonar sus esfuerzos y se va a dormir. A la siguiente mañana se despierta con la solución clara en su mente, como si ésta hubiera estado trabajando por él mientras dormía.

Cuando los niños de nuestras escuelas regresan de vacaciones, saben más que antes de las vacaciones. En muchas escuelas, al principio del período, se repiten las lecciones que se impartieron en el período anterior, pues se asume que los niños “han olvidado todo”.

Yo sostengo por eso, que el educador debe ver al niño como su maestro y en consecuencia, cambiar su actitud. Sobre todo, el educador debe asegurarse de que conoce y ama al niño. Si lo hace, aprenderá muchas cosas. Pasará por cambios similares a los de un converso a una nueva religión; se dará cuenta de que ha logrado un nuevo estado de iluminación y un nuevo afán; su actitud de orgullo será sustituida por el deseo de dedicarse al servicio de su nuevo ideal.

Una vez que el maestro entiende que existen esos poderes misteriosos dentro del niño, y que se revelan espontáneamente a través de las actividades de éste, su actitud cambiará, para dejar de ser aquella de un superior para convertirse en un inferior; pues se dará cuenta que aquí hay un tesoro al que se le debe permitir rendir beneficios.

La humanidad tiene una enorme necesidad de nuevos educadores. He dicho que la humanidad debería ser cultivada desde el nacimiento; sin embargo, los maestros deben ser dignos de su tarea. La escuela, concebida como una institución para el cultivo de la humanidad, asume un aspecto totalmente diferente de aquel de las escuelas modernas, donde los maestros dedican todos sus esfuerzos a hacer estudiar a los niños. La escuela, desde mi punto de vista, debería ser considerada una ayuda para el desarrollo. El hambre de las mentes en desarrollo es parecida al hambre de un cuerpo muriendo de hambre.

Los niños quieren saber todo y preguntan una infinita variedad de cuestiones, y sus desafortunados maestros, en general, saben muy poco. Cuán seguido he visto, en Holanda y en India, a nuestros maestros haciendo investigación en museos y en bibliotecas públicas, y buscando consejo y guía de profesores universitarios, para poder ser capaces de contestar preguntas hechas por niños de cinco y seis años en quienes una lección dejó una fuerte

impresión, y quienes desearon ahondar en la materia para obtener una visión más amplia de algún hecho.

Al niño se le deben dar respuestas completas que estimulen su entusiasmo y que demanden más investigación y actividad intensa por parte del niño mismo y de sus maestros. Los educadores de nuestras escuelas también amplían su vida psíquica, la investigación los lleva a campos que antes no habían explorado, amplía su horizonte y les permite ser versados en las artes y ciencias, antes disciplinas desconocidas. Se entusiasman con el trabajo y colaboran emocionados con los niños, uniéndoseles seguido en su investigación y participando en su trabajo manual y científico; en botánica, exploran e investigan junto con los niños, enriqueciendo sus colecciones con nuevos especímenes de hojas y flores.

De esta manera, la escuela se convierte en la vida. Si no fuera así, si la educación no evolucionara en esta dirección, ¿qué podríamos esperar de la escuela?

Ésta debe ser vigorizada con un nuevo espíritu, animada por un maestro sabio, más sabio que cualquier otro ser humano porque él sabe y respeta las leyes de la educación. Es necesario que realmente creamos que cada individuo, si vive en un entorno apropiado, puede darse cuenta de su propia evolución psíquica, de acuerdo con un diseño preestablecido. Si el proceso no fuera evidente inmediatamente, y los resultados, al principio, no son aquellos que se esperaron, aún debemos mantener nuestra fe en el diseño de la naturaleza y en sus leyes. La actitud del educador debe ser similar a aquella de una madre hacia su hijo. Otros niños, de la misma edad, hablan, el suyo no. Ella, sin embargo, está bien segura que cuando alcance la etapa necesaria de desarrollo, su hijo hablará, aunque él todavía no articule palabras; ella tiene fe y ella lo alienta, para que se regocije con sus propias conquistas, porque ella sabe que un día sus labios expresarán los pensamientos que todavía no existen.

El maestro debe poseer esta misma fe. De hecho, se debe empapar de ésta, para que pueda contemplar con la misma esperanza, cualquier avance, aunque sea lento; para que pueda investigar las causas y modificar las circunstancias que impiden o atrasan el desarrollo normal de los niños que le fueron confiados para su cuidado.

Los maestros deben cultivar una fuerte creencia en su misión. Sólo entonces será posible crear un mundo nuevo a través de la educación. Sin embargo, si este elevado objetivo se quiere alcanzar, también los métodos educativos deben cambiar radicalmente para convertirse en una ayuda activa al desarrollo psíquico del niño, en un ambiente preparado, siguiendo dictados derivados de un estudio exhaustivo y de una investigación rigurosa.

PONENCIA IV

UNIDAD MUNDIAL A TRAVÉS DEL NIÑO

Primero que nada, deseo expresar mi gratitud por tantas palabras de aprecio que repetidamente he escuchado a lo largo de este Congreso, cuyo éxito incomparable no se puede negar -debo decir que para mí es gran sorpresa.

Este éxito se debe sin duda a la participación de tantas personalidades eminentes; sin embargo, no exclusivamente a ellas. De hecho, todos nos sentimos unidos por algo glorioso que elevó el tenor de nuestro discurso a un plano superior al nivel de la vida diaria. Muchos de ustedes dijeron que esta afortunada atmósfera se debe a mi presencia. Permítanme contestar que yo no creo esta cortés afirmación. No, algo mucho mayor a mi presencia creó esta íntima solidaridad.

Como sucede generalmente en la mayoría de los congresos, surgieron pocos nuevos elementos. Sin embargo, estos pocos constituyeron una contribución sólida y profunda a la causa de la nueva educación, pues crearon el fundamento para que este trabajo se termine en el futuro.

Nuestro trabajo muy seguramente será inspirado por nuestras reflexiones con respecto al niño; sobre todo, la percepción del niño como el constructor de la civilización y del progreso nos llenará de fe para seguir un nuevo camino -un camino que, estamos convencidos, nos lleva a la solución de los problemas más graves de la humanidad.

Una humanidad desorientada que lleva mucho buscando la armonía, un punto de entendimiento en donde puedan converger la esperanza y el interés común. La humanidad todavía no ha encontrado este punto. Muchos dicen que para alcanzar un acuerdo deberíamos comenzar eliminando todos los prejuicios raciales y nacionales. Sin embargo, ¿es posible ser indiferentes a los elementos que parecen esenciales a nuestra vida y a la de otros? La reconstrucción no se origina de una fórmula negativa que derriba las estructuras esenciales de la organización social que ha prevalecido en el mundo hasta ahora.

Más bien, debemos comenzar con una nueva afirmación en la que el consenso y las esperanzas de todos los pueblos puedan converger. Esto es, el intento de alcanzar la unidad mundial a través del niño.

El niño que no posee nada y que promete todo, que se encuentra en todas partes -en los hogares de los ricos y de los pobres, en todas las razas y todas las nacionalidades; el niño que no sabe nada de partidos políticos o de cualquier otra distinción social o discrepancia; quien, donde quiera que nazca, aparece con las mismas características; que viene de quién sabe dónde y es siempre un milagro, tan complejo en su promesa por el futuro.

Hay poca esperanza que la unidad de los hombres será inspirada por su razón; sólo sus corazones pueden sentir esta unidad. El niño evoca lo mismo, sentimientos igualmente intensos en todos los hombres, y estas emociones tienen el poder de transformar radicalmente su carácter, su percepción de las cosas alrededor de ellos. Vemos ejemplos de esto todos los días: hombres duros, tenazmente atados a sus trabajos, aspirando a convertirse en ricos y poderosos,

se transforman cuando tienen un hijo. Una vez que se convierten en padres, trabajarán más fuerte; sin embargo, ya no serán movidos por la aspiración egoísta de acumular riquezas, sino por el deseo de ser capaces de dejar una gran fortuna para sus hijos, haciéndolos ricos con su esfuerzo.

Y donde quiera que un niño llega a una familia, sucede lo mismo. Cuando un niño nace, el egoísmo se sustituye por generosidad y los corazones áridos se llenan de ternura. El niño estimula emociones profundas e inspira las actitudes más nobles.

El niño es, por lo tanto, una fuerza universal y espiritual, y una fuente de amor y sentimientos elevados; es el medio verdadero para alcanzar la unidad entre los seres humanos del mundo.

Habiendo impartido mis cursos en tantos diferentes países, muchas veces he tenido la oportunidad de observar personalmente la poderosa atracción y el interés que despiertan mis enseñanzas, atracción e interés que se derivan del hecho de que yo estaba tratando con el niño. Gente que no tenía nada en común, viejos y jóvenes, padres y maestros, así como médicos, abogados, hombres de negocios, obreros; todos vinieron a mis cursos porque yo hablaba acerca del niño. En India, hindúes y musulmanes dejaron atrás sus diferencias para asistir a mis cursos, así como ricos y pobres, y personas pertenecientes a las castas más bajas. Mientras describía las fuerzas misteriosas y los inmensos poderes que guían el desarrollo del niño, la fuerza de mis argumentos afectó a los que me escuchaban como una revelación, pues cada uno de ellos reconoció a su niño en el ser maravilloso que yo estaba describiendo.

Hace un momento dije que, en todos los hogares, en todas las familias, el niño nace con las mismas características y en todas partes se le recibe con el mismo amor. Esta fue la razón por la cual el tema de mi curso les interesaba a todos. Observé maravillada cómo, durante mis lecciones, poco a poco tenía lugar una transformación en las audiencias compuestas de tantos grupos diferentes -europeos y asiáticos, hindúes y musulmanes, brahmanes y gente de las castas bajas. Gradualmente, la hostilidad que dividía a estos grupos se desvaneció. La inflexible atmósfera se relajó, hombres de semblante duro y altanero comenzaron a sonreír, luego a hablar entre ellos, a contar experiencias personales y episodios de su vida. Poco a poco se formaron amistades y se cayeron las barreras sociales; estos hombres dejaron de lado los poderosos odios de casta y sus profundas diferencias religiosas. El pobre recién nacido, este ser desprovisto de belleza, fuerza e inteligencia, forjó un milagro y unió a todos con su presencia esencial. Es por esto que afirmo que el niño es el lazo universal menos destructible de la existencia; es por esto que nunca me cansaré de repetir que la única esperanza para alcanzar el entendimiento perfecto y armónico entre los hombres, es el niño.

La tarea de éste, sin embargo, no es sólo ejercer una influencia benéfica en los sentimientos comunes a la humanidad. Debemos considerar al niño desde otro punto de vista.

En tiempos recientes, doctores, psicólogos, psiquiatras y psicoanalistas coinciden en el hecho que muchas deficiencias y desviaciones psíquicas del adulto, tienen su origen en la infancia temprana. Si un hombre sufre de problemas psíquicos, muchas veces se debe al hecho de que a este hombre cuando era niño le faltó amor, estima y protección de su familia con el resultado de

que creció sin el refugio del cuidado constante y afectuoso que le fue negado por aquellos que debieron haber estado al pendiente de sus intereses.

Estamos de acuerdo entonces, con la afirmación de que el fundamento de un desarrollo normal de la humanidad es el amor; el amor es un prerrequisito importante si se quiere que los niños se desarrollen normalmente.

Desafortunadamente, en la vida diaria el principio del amor no predomina. El amor es un principio dictado por la religión. Aquellos que normalmente están ocupados por los asuntos mundanos, están motivados por impulsos enteramente diferentes; la avaricia, en los sentimientos comunes a la humanidad. Debemos considerar al niño desde otro punto de vista. La envidia y el espíritu competitivo dominan la vida moderna. Si deseamos que los hombres que están enajenados por la lucha diaria por la existencia, encuentren un punto de contacto, de entendimiento, para elevarlos por encima de la aridez de las preocupaciones diarias, no podemos más que voltear hacia el niño. El amor que inspira el niño tiene un inmenso poder que puede convertirse en la fuente de dicha transformación.

Yo por eso creo que el sentido de responsabilidad de los educadores podría triunfar en crear la cooperación universal, mientras su punto de partida sea el interés del niño. No hay otra fuerza que pueda unir más a los hombres del mundo que el amor e interés por el niño.

El estudio del niño nos demuestra que la educación ha descuidado tomar en consideración ciertos elementos esenciales que deseo traer a su atención. Piensen por un instante en el hecho de que cuando los niños nacen, donde sea que nazcan, son siempre los mismos. Este hecho contradice todas nuestras creencias científicas; la gente siempre ha hablado de la herencia, la evolución y el vínculo hereditario entre los hombres y animales. Los científicos han profundizado en el estudio de este problema por casi un siglo sin nunca haber alcanzado una conclusión convincente. Siempre permaneció como una fuente de gran confusión. El estudio del niño, por otra parte, nos ha llevado a resultados definitivos, que son que no existe esa ley de herencia, y que un abismo separa a los hombres de los animales.

Si aquellos vínculos hereditarios existieran, el hijo de un padre inteligente debería ser igual de inteligente. Además, el niño nace sin hablar y casi paralizado, en contraste con los animales que tienen libertad inmediata e independencia de movimiento, así como la facultad de manejar su lenguaje; un becerro recién nacido, por ejemplo, o un chango bebé, son más inteligentes que el hijo del hombre.

Si lo comparáramos con los animales, el hombre no representaría un paso hacia adelante en la evolución, sino más bien una regresión. De hecho, si rigieran las leyes de herencia, el hombre debería ser capaz de trabajar desde su nacimiento y ser un genio.

Sabemos, sin embargo, que la verdad es lo contrario; en la infancia la vida es un estado de sueño. El niño, después de nacer, atraviesa por una fase singular, una característica única del hombre mostrada por ningún otro ser viviente, y digna de contemplación.

Más seguramente existe una razón oculta para el largo sueño espiritual que existe en la infancia, y estoy inclinada a interpretarla como una evidencia de su superioridad por encima de otros seres de la creación.

En todas las razas humanas los fenómenos característicos de la infancia temprana se repiten. Los hijos de pueblos primitivos en África central se comportan exactamente igual que aquellos de grupos humanos más sofisticados.

Los hijos de estos pueblos primitivos, cuyo lenguaje es poco complicado, con reglas gramaticales muy sencillas, empiezan a hablar sólo a los dos años de edad, como lo hacen todos los demás. En el primer período de su vida, el niño es un ser sin razón, una creación nueva; en las fases tempranas de su desarrollo, no distingue entre complejo y simple, entre fácil y difícil. Todo en su entorno entra en su espíritu como de milagro. Él integra dentro de su ser la sabiduría, las ideas que gradualmente vienen a su campo de percepción y entendimiento, a través de un proceso de lo que yo he llamado absorción. Él absorbe la naturaleza de su raza, su nación, su familia, y al hacer esto, crea dentro de sí un núcleo de fuerzas dinámicas cuyo origen generalmente se les atribuye a las leyes de la herencia - una conclusión totalmente errónea.

Este fenómeno debería impresionar a los científicos, en particular a los biólogos, y sobre todo darle un golpe mortal a la teoría que afirma que los hombres descienden de los animales. Los hombres no heredan los sentimientos de los animales. A este respecto, permítanme repetir lo que seguido he destacado, que los animales, al principio de la vida, parecen pertenecer a una especie superior a la del hombre. Los animales, por ejemplo, siguen ordenadamente las leyes de la especie a la que pertenecen, mientras que el hombre no. El tigre irremediamente se comporta como todos los demás tigres; animales que viven en las hojas de ciertos árboles o plantas, o un particular tipo de insecto, siempre seguirán esta ley que tiene una función en el orden natural. Más bien, el hijo del hombre nace libre de cualquiera de estas limitaciones; parecería que es único en el mundo.

Tampoco las conquistas de la civilización se transmiten de manera hereditaria. Y esto nos da más razón para reflexionar y sentirnos aliviados.

El hombre no es malo por necesidad o por destino inherente, porque no hereda nada de sus ancestros, aunque sean salvajes o civilizados; tampoco lleva consigo instintos malvados debido a su incierta descendencia de los animales. Por lo tanto, el hombre es libre de los vínculos de la herencia y posee el gran potencial de las energías espirituales latentes que se desarrollarán de acuerdo a las posibilidades ofrecidas por su entorno. No puedo repetir lo suficiente que el rumbo del hombre no está regulado por el destino. En la psique del niño existe un muy potente núcleo de poderes que puede ser influenciado negativa o positivamente por el entorno. Esta certeza es una fuente de gran tranquilidad, y sobre todo, contribuye a la orientación de nuestras acciones en el campo de la educación, que por eso se adapta a cada esperanza.

Cuando llevamos a cabo una tarea educativa siempre debemos recordar que el comportamiento humano no está inevitablemente vinculado a la herencia y que es el hombre mismo el que crea su comportamiento. Por esto puede caer en errores continuos y requiere por lo tanto una guía para la educación. Esto debería tender a desarrollar en el hombre moderno un sentido de

responsabilidad para sus acciones; desde la infancia más temprana debería contar con un entorno que le permita perfeccionarse continuamente a sí mismo, y con la necesaria ayuda espiritual para que logre su educación. De otra manera la existencia del hombre sería dramática, limitada, pues debería hacer todo por sí mismo ya que está privado de la poderosa guía que es el instinto. El estudio de la biología y psicología, así como del niño mismo, aclaran los principios que guían su evolución, e iluminan el camino en el que tiene lugar este maravilloso fenómeno.

Hemos dicho que el desarrollo psicológico y la evolución suceden en virtud de las potencialidades, aún indeterminadas en los primeros años de vida, que adquirirán forma con el tiempo y que se comprenden al seguir una secuencia de leyes inmutables.

Es obvio que la educación es imposible si estas leyes no se conocen. Sobre todo, es esencial cultivar una actitud completamente diferente hacia el niño de aquella que se sostuvo hasta ahora, y observar con respeto y admiración el “milagro” que tiene lugar en su ser interior.

Cuando estudiamos al niño encontramos un elemento particularmente sorprendente, el cual es la libertad. Sostenemos que el niño no llega a la vida con una pesada carga de herencias. Por ejemplo, podemos ver por nosotros mismos cómo un niño nacido en Francia y transferido a América en sus primeros meses de vida, se adapta al nuevo entorno, aprendiendo inglés y adoptando la cultura y costumbres del país en el que ahora se desarrolla.

Esto ocurre porque dispone de las energías requeridas para asumir su proceso de formación, energías que poco a poco se desvanecerán hasta desaparecer definitivamente al alcanzar cierta edad.

Es esta convicción la que nos llena de esperanza de que la educación pueda ser el instrumento más efectivo para alcanzar la unión de toda la humanidad. Con este fin, la educación debe canalizar las poderosas energías creativas del niño hacia la independencia espiritual, utilizando al máximo su capacidad milagrosa para adaptarse, de acuerdo con un ideal de altruismo y amor. Sobre esta base es posible lograr la aspiración más deseada de la humanidad -la paz universal. En el recién nacido vemos al apóstol de la paz.

Consideren la responsabilidad de los educadores. Se espera de ellos que hagan florecer la semilla de aquellas actitudes y esas virtudes que caracterizarán al hombre de mañana, influenciando irrevocablemente la vida de la sociedad futura. La infancia temprana es el momento más delicado en la vida humana, porque es en este período fundamentalmente decisivo, que pueden suceder desviaciones psíquicas serias. La educación debe evitar que las energías psíquicas del niño se desvíen de su curso normal; para que así, cuando tengan una disyuntiva, estas energías puedan escoger el camino correcto -el camino de la adaptación armoniosa a las leyes universales de la vida.

Es una alegría ver que todo acerca de lo que he hablado, despertó un gran interés en ustedes. Estoy segura que todos juntos desearemos seguir este nuevo camino, cada uno de nosotros trayendo una contribución personal a la causa del niño. Incluso si el camino a considerar los problemas de la educación variara de acuerdo con los distintos puntos de vista, una idea trascendente nos unirá sobre todas las cosas, una idea que quizá antes de hoy no estaba clara

ni era evidente para todos. Es la convicción que, desde el inicio de la vida, existen grandes poderes ocultos en la psique del niño y que es nuestra tarea el ayudar apropiadamente a su completo desarrollo, para evitar que pierdan todo su vigor y desaparezcan completamente.

Una consecuencia de esta afirmación es la obligación de prestar gran atención a la preparación apropiada de los maestros de la infancia temprana, este requerimiento se percibe profundamente en todo el mundo. A este respecto, quisiera llamar su atención a las interesantes cosas dichas por el educador indio Bhatt Harprasad*. En su preciosa ponencia da una vista general de experiencias recopiladas durante su observación de la aplicación consistente de mi método en niños desde el nacimiento a los seis años de edad.

Por una serie de complejas razones, el problema de la educación en la infancia temprana es muy agudo. Sobre todo lo demás, el pueblo indio comprende que para tener una buena cosecha es necesario plantar en la temporada apropiada para que el poder del sol sea utilizado de la mejor manera. Deseo que la importancia de este problema sea percibida en todas partes y la revelación de las inmensas capacidades del niño en sus primeros años, sean tomadas en cuenta, con el fin de educarlo lo mejor posible. Otra vez deseo enfatizar que cuando uso el término "educación", me estoy refiriendo a la ayuda a la educación que debemos dar con el fin de que el niño comprenda dentro de sí mismo sus energías vitales. Esta es la tarea del educador ideal: tomar como punto de inicio la realidad psíquica del niño, con el fin de mejorar al hombre en su vida diaria, para salvarlo, para prevenirlo de perderse a sí mismo, para evitar desviaciones e inseguridades, para terminar con desequilibrios nerviosos, para implantar en el niño valor moral y una conciencia firme para enfrentar sus luchas diarias. Por lo tanto, la tarea del educador es inmensa para el progreso de la humanidad, y la paz del mundo está en sus manos.

Gracias por haber acudido a mis ponencias. Con su participación activa y su entusiasmo me han dado una gran esperanza -la esperanza de que, a través de su trabajo, el gran ideal que me ha inspirado a través de mi muy larga vida, se convertirá en una realidad. Por esta esperanza, tan reconfortante para mi alma, otra vez les agradezco profundamente.

* El Profesor Bhatt Harprasad, Bombay, dio una ponencia acerca de "La Educación del Niño de los 6 Meses a los 6 Años de Edad -Resultados y Observaciones" en el 6to. Día del Congreso (27 de agosto)